

Referencia y percepción

César GÓMEZ
Universidad de Salamanca

El argumento en contra del realismo es quizá la parte mejor conocida y más intensamente discutida de la filosofía del profesor Putnam. A grandes rasgos, su argumento presenta la siguiente estructura: a) el realismo exige aceptar un concepto de verdad como correspondencia, y b) no es posible fijar de forma unívoca una relación de correspondencia entre palabras o conceptos y las cosas independientes-de-la-mente que constituyen el mundo del realista. En lo referente al primer punto, el profesor Putnam, al igual que hace Dummett, se inclina por una definición semántica del realismo. Se es realista respecto a alguna parcela o a la totalidad de nuestro lenguaje si se asume que la verdad o falsedad de los enunciados de la clase escogida depende de que se den o no ciertos hechos o estados de hechos, en un mundo independiente de nuestras mentes, cuya existencia debe ser asumida a priori. Esta definición de realismo supone entre otras cosas aceptar una teoría bivalente de verdad, una semántica objetiva en la terminología de Dummett. Como un bonus adicional, esta definición de realismo abarca a las distintas filosofías reduccionistas, señalando así claramente que una discusión acerca del realismo no es una discusión acerca de ontologías, sino acerca del lugar lógico que una ontología debe ocupar dentro de una teoría de la verdad. Un caso de antirrealismo, respecto a esta definición, lo constituye el intuicionismo referido a la clase de los enunciados matemáticos.

Si la verdad o falsedad de un enunciado depende de que se de o no un cierto hecho $h(p)$, deberemos necesariamente asumir la existencia de una *correspondencia* entre enunciados p y los hechos $h(p)$; es decir, una correspondencia entre palabras o conceptos y hechos de un mundo independiente de la mente. El segundo aspecto del argumento de Putnam constituye la prueba de que una tal función de correspondencia no puede

ser definida de forma unívoca. Si tal es el caso, el realismo se hace insostenible o estrictamente metafísico. La prueba de Putnam se reduce básicamente a mostrar que tanto las condiciones de verdad como los estados mentales son incapaces de fijar la referencia. Para ejemplificar su prueba, utiliza las muy conocidas historias de los cerebros en la bañera y los Planetas Tierra gemelos y una forma modificada del argumento wittgensteniano acerca de seguir una regla, presentada a la luz del teorema de Löwenheim Skolem. Comenzaremos pasando revista a la prueba de que las condiciones de verdad no fijan la referencia. El núcleo de la prueba lo constituye el teorema presentado en el apéndice al libro *Reason, Truth and History*. Según este teorema siempre es posible modificar la interpretación de un lenguaje L , sin alterar sus valores de verdad en ningún mundo posible. Para ver cómo este resultado de la teoría de modelos puede afectar a nuestra discusión, es conveniente considerar un ejemplo. Supongamos un lenguaje L y dos posibles interpretaciones i_1 e i_2 de L . Sea p una sentencia de L e $i_1(p)$, $i_2(p)$ las correspondientes interpretaciones de p . Es claro que $i_1(p)$ e $i_2(p)$ deben corresponder a dos enunciados distintos x e y del metalenguaje L' en el que las distintas interpretaciones de L son estudiadas. Que las condiciones de verdad sobre enunciados de L no puedan fijar la interpretación de L que hemos de escoger significa que en cualquier mundo posible los enunciados x e y de L' son siempre simultáneamente verdaderos; en otras palabras, que hablantes de L' siempre considerarán simultáneamente verdaderos los enunciados x e y . En L' es, por otra parte, claro que los enunciados x e y refieren a estados de hechos distintos hx , hy , los cuales se dan *necesariamente* juntos, o, lo que es lo mismo, se dan simultáneamente en todos los mundos posibles. Por otra parte, como observadores hablantes de L' no podemos descubrir si los hablantes de L al asentir al enunciado p de L , están considerando que p refiere a hx o a hy , y esto no lo podemos saber puesto que no existe posibilidad de diferenciar los hechos hx y hy en un nivel estrictamente perceptivo. En otras palabras, los estímulos sensoriales a los que está sometido el hablante de L , cuando afirma que p es verdad, son igualmente compatibles con la asignación a p de la referencia hx o la referencia hy .

Es necesario, en este ejemplo, diferenciar muy claramente el hecho lógico de que un lenguaje L puede admitir diferentes interpretaciones, compatibles con todos sus valores de verdad, y los presupuestos sobre la percepción sensorial que implícitamente nos vemos obligados a asumir. Si dos hechos hx y hy distintos se dan necesariamente juntos, entonces es claro que el valor de verdad del enunciado p no nos permite saber si es hx o hy el estado de hechos al que el enunciado p hace referencia; no obstante, si no *asumimos* que la experiencia visual de ver hx y de ver hy son empíricamente indiferenciables, podemos fijar la referencia de p sin más que adicionar al valor de verdad que los hablantes de L le dan, las condiciones empíricas que diferencian la experiencia visual de ver hx y la

experiencia de ver *hy*. Observemos pues que el argumento que da fuerza al hecho de que condiciones de verdad no fijen la referencia necesita asumir explícitamente que no existe posibilidad de diferenciar empíricamente la experiencia visual «ver *hx*» de la experiencia visual consistente en «ver *hy*». Si se acepta esto, no sólo es problemático saber si el hablante del lenguaje *L* bajo observación refiere a *hx* o *hy*, por medio del enunciado *p*, sino también descubrir para el propio *L'* si sus hablantes refieren con *x* a *hx* y con *y* a *hy* o a la inversa. En efecto, el modelo de percepción usado es idéntico para todos los hablantes, tanto los de *L* como los de *L'*. En este modelo, los inputs perceptivos describibles por medio del lenguaje de la física en términos de vibraciones, excitaciones moleculares etc., son las únicas causas aceptadas de la experiencia sensorial que ha de producir, en la cabeza, la correspondiente representación mental.

Aunque el argumento de los cerebros en una bañera y el de los Planeta Tierra gemelos pretenden igualmente probar que los estados mentales no fijan la referencia, los analizaremos por separado. Comencemos con la historia de los cerebros en la bañera. En esta historia, todos nosotros somos considerados como cerebros en bañeras de líquido nutritivo, conectados a algún tipo de supercomputador, capaz de reproducir todas y cada una de nuestras sensaciones. Desde un punto de vista estrictamente sensorial, no existe diferencia alguna entre los hipotéticos cerebros en las bañeras y nosotros. El problema que ahora plantea Putnam es el de si estos hipotéticos cerebros podrían pensar o decir de ellos mismos que son cerebros introducidos en bañeras. La solución de Putnam es que tal cosa no es posible, y, lo que es aún más sorprendente, que la posibilidad física relatada por la historia de los cerebros en bañeras es de hecho imposible, porque da lugar a proposiciones autorrefutantes. El núcleo del argumento de Putnam consiste en considerar que la referencia de los pensamientos de los cerebros en las bañeras debe presentar algún tipo de conexión causal con los únicos que, por hipótesis, los origina, a saber, los impulsos eléctricos que el supercomputador está enviando. Cuando el cerebro piensa «hay un árbol enfrente de mí», no se refiere a árbol alguno, sino a la «imagen» de árbol que es capaz de pensar como resultado de los impulsos eléctricos a los que está sometido. En efecto, es perfectamente posible en nuestro ejemplo, que los cerebros hablen de árboles cuando, por construcción, no existen árboles reales; en este sentido, su término árbol no puede referirse a árboles reales, pues, como vemos, en nada cambiaría su habla si tales árboles reales no existieran, con tal de que el supercomputador continuara enviando el mismo tipo de impulsos electrónicos. En estas condiciones, los cerebros en la bañera se refieren a árboles-imagen o bañeras-imagen, y cuando afirman o piensan que son cerebros en una bañera, afirman o piensan que son cerebros-imagen en una bañera-imagen. De esta manera, si somos cerebros en bañeras entonces el enunciado «somos cerebros en bañeras» será falso, pues sólo es verdadero si somos cerebros-imagen en

bañeras-imagen. La moraleja de este ejemplo es mostrar que los estados mentales no son suficientes para fijar la referencia. Tanto nosotros, como los cerebros en una bañera, tenemos, por hipótesis, el mismo tipo de *sensaciones*, el mismo tipo de estados mentales, si bien nuestras referencias y las de los cerebros en bañeras son distintas. El caso de los cerebros en bañeras es, por otra parte, idéntico al viejo problema que se plantea en la teoría de la percepción, con respecto a las alucinaciones. Los cerebros en la bañera tienen el tipo de sensaciones que corresponde a *ver* un árbol enfrente de mí; no obstante, no hay árbol enfrente. Lo que, de alguna manera, falla en las alucinaciones debe estar en el origen del problema de los cerebros en bañeras. El problema es que tanto en la alucinación como en el ejemplo de Putnam, el contenido de la experiencia visual debe formar parte de las propias causas de la experiencia. En ambos casos, lo que causa la experiencia no son los árboles reales de nuestro entorno diario, y esto lo sabemos desde el principio del argumento, de tal forma que el contenido de su experiencia, y, en consecuencia, la referencia de sus pensamientos o enunciados no pueden ser los árboles reales. El problema ahora no es aceptar esta parte del argumento sino su futuro uso ya dentro de la teoría de la referencia. Lo que parece que se desea concluir del ejemplo de los cerebros en bañeras es que idénticos estados mentales son compatibles con distintas referencias. Volviendo de nuevo al ejemplo de las alucinaciones, esta afirmación no es sólo una afirmación acerca de qué sea o no sea la referencia, sino una afirmación de corte empírico del tipo: los estados mentales que corresponden a la experiencia de ver un árbol enfrente de mí y la experiencia de ver un árbol enfrente de mí y la experiencia alucinatoria de ver un árbol enfrente de mí son, como tales experiencias, empíricamente indistinguibles, si deseamos que la diferenciación pueda hacerse en términos naturalistas que hablan acerca de lo que ocurra a nuestros cerebros. Sin esta premisa adicional, el ejemplo de los cerebros en bañeras no nos permite concluir que idénticos estados mentales son compatibles con distintas referencias. Vemos de nuevo en este ejemplo que, al igual que en el caso anterior, los argumentos presentados implican la imposibilidad de fijar unívocamente la referencia sólo cuando son complementados con enunciados de corte empírico acerca de qué sea o no sea la experiencia sensorial.

Consideremos ahora el tercer ejemplo propuesto por Putnam. La historia que se nos relata ahora es la de un planeta gemelo de la Tierra, en el siglo XVII, antes, por tanto, del descubrimiento del análisis químico. Este planeta gemelo es, por definición, idéntico a nuestro planeta Tierra, excepto en que la composición del agua, en vez de ser H O, es XYZ, siendo, por otra parte, todas sus cualidades secundarias idénticas. Nuestros gemelos antes del siglo XVII tendrán idénticas creencias e ideas acerca de su agua que aquéllas que nosotros tenemos acerca del agua en el planeta Tierra; no obstante, la referencia de agua será diferente: en un caso será

H O y en el otro XYZ, y esto será así puesto que la referencia-extensión de la palabra agua se definirá deícticamente como aquello que es idéntico en estructura, sea ésta la que sea, a aquello que llamamos agua. Lo que subyace a este argumento es claramente expresado por Putnam en «The Meaning of Meaning», cuando muestra con el caso hipotético de una copia exacta de uno mismo que, para deícticos como yo o este, etc., la referencia no queda fijada por el estado mental. En efecto, el estado mental de mi copia exacta y el mío pueden ser completamente idénticos; no obstante, la referencia del deíctico yo es claramente distinta. El argumento de Putnam presenta como ejemplos en que se hace formar parte a deícticos, es, para mí, el más fuerte de todos. En estos casos, es claro que los estados mentales de los habitantes del planeta Tierra y de su planeta gemelo son aparentemente idénticos; sin embargo, las experiencias sensoriales mediante las cuales han adquirido su conocimiento acerca del agua (idéntico antes del descubrimiento del análisis químico) tienen *causas* claramente distintas, a saber, H O por una parte y XYZ por otra. La dificultad radica en descubrir si el hecho de que ambas experiencias tengan causas distintas puede o no constituir una diferencia real entre ambas experiencias que experiencias. En un modelo standard de percepción sensorial es claro que no, pues, por hipótesis del problema, hemos considerado que en ambos casos las propiedades superficiales del agua, únicas a las que se tiene acceso sensorial, son idénticas. No obstante existe una posibilidad recientemente señalada por Searle, que de nuevo convierte este ejemplo en un puro problema en la teoría de la percepción. De lo que está hablando es, obviamente, no de la percepción en bruto, sino de lo que, en terminología más kantiana, llamaríamos experiencia inteligible. El contenido de la experiencia expresado como un juicio es lo que debe servirnos para caracterizar el estado mental correspondiente a la experiencia sensorial. Es perfectamente imaginable que, al igual que se puede decir que el estado mental de los habitantes de la Tierra contiene con respecto al agua la creencia de que es una sustancia que no desaparece cuando uno deja de mirarla, contenga también el presupuesto de que lo que causa experiencias sensoriales expresables en forma de juicios acerca del agua, es algo idéntico en estructura, cualquiera que ésta sea, a la estructura de la sustancia que se llama agua. En otras palabras, dentro de una concepción más amplia de lo que debe entenderse por experiencia inteligible, es perfectamente posible aceptar que parte del estado mental asociado a las experiencias sensoriales bajo estudio, contenga la identificación deíctica usada por Putnam para determinar la extensión de agua en la Tierra y en la Tierra gemela. De nuevo, aunque en este caso de forma considerablemente más sutil, vemos que la fuerza del argumento de Putnam como prueba de que los estados mentales no fijan la referencia, radica en un supuesto sobre lo que sea la percepción y la experiencia sensorial.

Concentrémonos ahora en el ejemplo de la Tierra gemela, y, en parti-

cular, en la hipótesis del argumento de que no hay diferencia relevante en lo que respecta a la referencia, entre *el estado mental* de los habitantes de la Tierra gemela y nosotros los terrícolas antes del siglo XVII. La dificultad con esta hipótesis radica en la identificación que es necesario hacer entre estado mental y estado físico, donde por éste significaremos una descripción física del estado cerebral. En el ejemplo de la Tierra gemela, se asume que los habitantes de ambos planetas son, sin la ayuda del análisis químico, incapaces de diferenciar entre H O y XYZ. Ambos están sometidos a idénticos tipos de estímulos sensoriales, sus terminaciones nerviosas registrarán idénticos conjuntos de estímulos, y, en consecuencia, sus cerebros deberán encontrarse en idénticos estados físicos. Es interesante observar que lo que nos permite aceptar sin problemas que los estados físicos cerebrales sean idénticos es el hecho de que lo que se consideran *causas relevantes* del estado cerebral, a saber, los impactos de ondas electromagnéticas en determinados rangos de frecuencias, son por construcción idénticos. El problema nace cuando consideramos que la identidad de estructura cerebral, junto con la identidad del tipo de impactos que afectan las terminaciones nerviosas, implica identidad de estado mental. Dentro del lenguaje contamos con enunciados como «veo agua en el charco que está enfrente de mí», o «estoy tocando el agua del pozo», etc., que interpretamos como enunciados que hacen referencia a nuestras experiencias sensoriales. Con estos enunciados informamos acerca de lo que vemos o tocamos, y, en este sentido, comunicamos algo acerca de nuestras experiencias sensoriales. Si, por otra parte, aceptamos que la referencia de agua, en el ejemplo bajo estudio, es diferente para los terrícolas y sus gemelos, nos encontraremos con que hablantes con idéntico estado mental significan cosas distintas, cuando ambos afirman «veo agua enfrente de mí». Esto resulta paradójico, si consideramos que «veo agua enfrente de mí» se refiere al tipo de experiencia sensorial que se está teniendo en el momento en que se profiere el enunciado. Si los significados de «veo agua» son distintos para el terrícola y para su gemelo, parece que esto debería implicar que ambos *ven* cosas distintas, y si éste es el caso, ¿qué sentido se puede dar al postulado de que sus estados mentales son idénticos? El problema que quiero señalar aquí es que aceptar la identidad de estados mentales entre el terrícola y su gemelo implica que los enunciados con los que pretendidamente hacemos referencia a nuestras experiencias sensoriales, o bien no se refieren a ellas, o bien las experiencias sensoriales como aquellas de «ver agua enfrente de mí», no son idénticas con estados mentales. La postura más natural aquí sería considerar: a) que enunciados del tipo «veo agua enfrente de mí» atrapan el contenido de la experiencia visual; y b) que experiencias sensoriales pueden ser distintas, aun cuando correspondan a cerebros idénticos, sometidos a idénticos conjuntos de estímulos extremos. En la terminología de Putnam deberíamos decir que no sólo los significados no están en

nuestras cabezas, sino que tampoco nuestras propias experiencias sensoriales qua experiencias inteligibles.

La discusión anterior puede quizá aclarar parte de la estructura del argumento utilizado por Outman en el ejemplo de la Tierra gemela. Lo que definitivamente es idéntico entre el terrícola y su gemelo es el *estado cerebral*; no obstante, sus experiencias visuales, por citar una como ejemplo, son distintas. Es posible concluir del ejemplo que estados físicos cerebrales idénticos son compatibles con distintas referencias, si bien las experiencias visuales *no son idénticas*, y, en principio, nada impide pensar que sean capaces de fijar unívocamente la referencia. Es necesario estudiar aquí la relación entre la posibilidad de que experiencias visuales diferentes sean compatibles con idéntico estado cerebral, y el análisis que Putnam hace del problema mente-cuerpo, en el que concluye la imposibilidad de identificar estados cerebrales con estados de sensación. Es en principio posible aceptar que no existe forma alguna de fijar unívocamente una correspondencia entre estados de sensación y estados cerebrales, y, aún así, considerar que estados de sensación distintos exigen la existencia de alguna diferencia física, aun cuando esta diferencia no pueda ser determinada unívocamente, a partir de la diferencia entre los estados de sensación. En el ejemplo de la Tierra gemela, nosotros hemos exigido algo más fuerte, a saber, que estados cerebrales idénticos sean compatibles con estados de sensación, donde por éstos entendemos experiencias sensoriales, distintos. Este último requisito es más fuerte y, en principio, difícil de aceptar, si consideramos que una experiencia sensorial es algún tipo de evento mental y tenemos en mente algún tipo de identificación davidsoniana entre eventos mentales y eventos físicos. Si no queremos recorrer este camino, tenemos la opción de volver sobre nuestros pasos y reconsiderar de nuevo el ejemplo de la Tierra gemela. Podemos aceptar que las experiencias visuales que tiene el terrícola y su gemelo son idénticas, y que, aún así las referencias de agua son distintas. En este caso, deberemos aceptar que el *contenido* de la experiencia visual no queda atrapado por la proposición «veo agua enfrente de mí»; pero, en estas circunstancias, ¿cuál es el contenido de nuestras experiencias sensoriales? Es claro que cuando digo «veo un árbol al lado de la casa», lo que veo es un árbol, y no los impactos de los fotones sobre mi retina. ¿Cómo podríamos mostrar este hecho simple, si el contenido de nuestras experiencias sensoriales no se identifica con el significado del enunciado «veo un árbol al lado de la casa»?

Es, en principio, posible escapar de estas dificultades por medio de un modelo-metáfora del conocimiento. Este modelo es una versión libre del realismo interno.

Lo que se acepta desde los tiempos de *Word and Object* es la existencia del contenido *teórico* de nuestras experiencias sensoriales. Los estímulos son interpretados como los datos empíricos y su procesamiento es visuali-

zado con la metáfora de las teorías científicas. En efecto, en este contexto, diferentes teorías son compatibles con idéntico conjunto de datos, y, al mismo tiempo, no es posible fijar unívocamente una teoría única sobre bases estrictamente empíricas. Esta metáfora en que los viejos datos de los sentidos son transmutados en el input empírico de teorías, está en el origen de la solución internalista de todos nuestros problemas. Si bien esta actitud aporta alguna luz, no resuelve completamente los problemas en que habíamos abocado con el análisis del ejemplo de la Tierra gemela. En efecto, es aceptable que nuestra experiencia visual tiene un contenido teórico, que es imposible fijar apelando a un puro registro de los estímulos sensoriales; no obstante, si son estas experiencias visuales diferentes en el terrícola y su gemelo, ¿en qué forma las hemos de considerar como diferentes *eventos mentales*, si por hipótesis, los estados físicos cerebrales son idénticos?

Quería, para finalizar, llamar la atención a una posible reinterpretación del realismo interno, usando como base el concepto de *causa intencional*, recientemente propuesto por Searle. La razón para introducir este concepto es la de que permite diferenciar las experiencias visuales del terrícola y su gemelo, en términos, al menos pretendidamente, naturalistas.

La metáfora de las teorías usadas por el realismo interno debe ser sustituida por una nueva, la de los *actos de habla*. Al igual que los actos de habla tienen condiciones de adecuación, así nuestras propias experiencias sensoriales tienen también condiciones de adecuación necesarias para que la experiencia se de como tal. No prometo si no pretendo cumplir mi promesa, y no ve un árbol enfrente de mí si no existe un árbol enfrente de mí, el que causa mi experiencia visual. En este segundo caso, lo que causa mi experiencia visual es aquello igual en estructura a lo que deícticamente determino como la extensión de árbol. Si esta descripción de lo que sea la experiencia visual es aceptada, es clara la diferencia entre las experiencias visuales del terrícola y su gemelo; ambas tienen causas distintas, a saber, H O y XYZ respectivamente. Este tipo de causas es lo que Searle llama causas intencionales, siendo su rasgo definitivo el que son parte de las *condiciones de satisfacción* de aquello que causan. No hay nada extraño, en principio, en considerar tanto a la pura percepción como a la experiencia sensorial como fenómenos naturales distintos. Los esquemas explicativos que sean aplicables a ambos son distintos; en unos apelaremos a las puras estimulaciones de las terminaciones nerviosas como las causas, y en los otros utilizaremos modelos más refinados de causalidad, quizá la causalidad intencional de Searle. La teoría de la referencia, por otra parte, debe quedar determinada por cuál sea nuestra teoría de la experiencia sensorial, pues éstas, al contrario que las puras percepciones, sí fijan la referencia.